

¿Más pintor que escritor?

Él y el otro. Homohistorias

FÉLIX ÁNGEL

Tragaluz Editores, Bogotá, 2016,
122 pp., il.

ESCRITORES QUE pintan, pintores que escriben. Se trata de un maridaje no tan extraño, explicado siempre con la obviedad de que el artista necesita expresarse — sacar lo que lleva dentro — y termina valiéndose de todas las formas para hacerlo. Una obviedad, por supuesto, cierta, que en últimas no dice nada. ¿Por qué escribían y pintaban William Blake, Jean Cocteau, Rafael Alberti, Federico García Lorca, Hermann Hesse y Frida Kahlo, por ejemplo? La respuesta es, cómo no, otra obviedad: cada uno lo hacía por razones distintas, por necesidades muy particulares y precisas.

En algunos hay un vínculo claro entre su obra escrita y su obra pictórica (una obra *total*); en otros aparentemente no. Para algunos escribir es un apoyo, un segundo recurso (casi unos apuntes), pero lo más importante es pintar. Para otros es exactamente lo contrario: primero la literatura, después la pintura (a veces unos garabatos al margen). Para otros es cuestión de etapas, de momentos precisos de creación, y otros asumen las dos expresiones dándoles igual importancia, aunque las practiquen por separado. Ahora bien, ¿todo escritor que pinta es también pintor?, ¿todo pintor que escribe es también escritor?

Al rompe, tres casos colombianos. Héctor Rojas Herazo, en cuya obra pictórica, muchas veces de gran formato, se pueden identificar rasgos grotescos y barrocos, los mismos que la crítica halla en sus novelas. Arturo Alape, que durante años hizo pequeños collages y dibujos, en un buen número de ocasiones inspirados en los temas y personajes que encontraba al investigar para sus libros comprometidos con la denuncia social. Y Nicolás Suescún, quizás el más sofisticado: influenciado por las corrientes expresionistas de mitad de siglo, empezó a pintar y dibujar, para después concentrarse casi exclusivamente en el collage y en pequeños ensamblajes, a partir de temas

que tomaba de la poesía y la filosofía.

Y un cuarto caso: Félix Ángel. “Antioqueño y anti-antioqueño, grupal y solitario”. Así definió la crítica Marta Traba a este artista, arquitecto de formación que en la década de los setenta se robó la atención con una obra que tomaba mucho de la publicidad, mezclaba formatos y soportes, y se interesaba por los ídolos de la cultura popular y por un mundo poco contado e ilustrado en la Colombia de aquellos días: el mundo gay. En 1975, Ángel publicó una novela, *Te quiero mucho poquito nada*: mil ejemplares seriados, firmados e ilustrados por él. El protagonista era (es) Felipe Vallejo de Cardona, hijo de una importante familia de Medellín, “a la que el peor castigo que podía caerle, por encima de todo, era que un hijo le resultara marica”, según palabras del mismo Ángel. El único librero que se atrevió a vender el libro (cuyos ejemplares son hoy una joya objeto de culto: no solo se trata de un libro de artista, sino que es una expresión temprana del discurso gay en la conservadora cultura colombiana) fue el buen Alberto Aguirre.

Poco tiempo después, Ángel se fue. Dijo estar asfixiado por “la retrógrada farsa social” que se vivía en Medellín. Se instaló entonces en Washington, donde se convirtió en curador de la mano del poderoso José Gómez Sicre, nombre clave en el adiós del arte latinoamericano a los temas nacionalistas e indígenas para dar paso al expresionismo, algo que sin duda influyó también en un acceso más expedito de nuestros artistas y sus obras al mercado internacional. Pero Ángel no dejó de pintar y escribir.

Volvamos: ¿todo escritor que pinta es también pintor?, ¿todo pintor que escribe es también escritor? Si uno da una mirada a lo que la crítica ha dicho sobre la obra de Ángel, advierte que los comentarios, columnas y notas son siempre elogiosos con su trabajo de pintura y dibujo; en cambio, con sus libros (no con los de investigación sobre arte, sino con sus novelas y volúmenes de poesía y cuentos) son más bien reservados.

Otro par de preguntas: ¿es posible que un escritor que pinte sea más escritor que pintor?, ¿es posible que un pintor que escriba sea más pintor que escritor? Me parece que sí, y Ángel

es un claro ejemplo: de lejos, es más pintor que escritor.

Digámoslo de una buena vez: Félix Ángel como artista plástico es bueno, como escritor... qué decir. En internet se pueden leer fragmentos de *Te quiero mucho poquito nada*, su obra más famosa. Tras revisarlos, al lector le queda la idea de que la novela es importante por su tema, por el conservador contexto en el que apareció, y por lo bello y artesanal de sus mil ejemplares, no porque sea una gran obra.

El libro objeto de esta reseña, *Él y el otro*, está compuesto por cinco historias e incluye ilustraciones del artista. En la contraportada se puede leer: “Aquí el amor-odio prohibido se vuelve casual y cotidiano”. La frase es acertada y encierra la que parecería ser la mayor cualidad del volumen. La literatura gay actual tiende a encontrar como único camino el homoerotismo: se embelesa en la narración de las salidas del armario y en la descripción de las folladas. Ángel intenta tomar otro camino: como si supiera que los lectores están cansados de las escenas de cama, como si supiera que esta forma de escándalo ya está muy traqueada, quiere contar sentimientos, quiere resultar provocador de otra forma.

Pero no lo logra. La lectura de *Él y el otro* resulta, entonces, incómoda. La exploración del escritor en los personajes se queda en veremos y la narración de los hechos es insulsa, casi afanada. Leer cualquiera de los relatos que componen este libro es como revisar el libreto de una serie de la franja maldita que quiere “meterse con el tema gay”: no hay ningún interés por ser profundo ni por decir algo nuevo, y así mismo hay temor de incluir escenas “fuertes”. Todo se limita, entonces, a enredadas historias de aceptación propia y amores clandestinos, presentadas a través de personajes arquetípicos sin perfil: el hombre superatractivo, el triunfador que no acepta su lado gay, el muchacho que no puede alejarse del fantasma prohibitorio de sus padres, y así.

En este libro, Ángel solo parece superar los lugares comunes cuando pone sus ojos en un mundo y unos personajes quizás no tan contados por la literatura y el cine, o mejor, no tan homoerotizados por las industrias

LITERATURA		RESEÑAS
<p>culturales. Entonces, <i>Él y el otro</i> gana brillo cuando intenta detallar la vida del latino gay que vive y trabaja en Estados Unidos, sus dificultades económicas, sus rumbiaderos, su soledad, su enfrentamiento a un mundo en el que no es aceptado ni bello... De ahí que “Feliz día de madres”, el segundo de los cuentos, sea, de lejos, el mejor. Narra apenas el encuentro de dos hombres en un bar, uno de ellos casado y con hijos, y la noche que pasan juntos. Un relato minimalista, si se quiere, en el que Ángel no trata de abarcar tanto, ni se apoya cómodamente en estereotipos chocantes:</p> <p>Jenri termina de vestirse. Revisa los bolsillos para comprobar que tiene todo en orden, mira su mano para asegurarse de que la argolla de matrimonio está allí, en el dedo, se mira en el espejo por última vez para convencerse de que no hay ninguna pista que delate lo que acaba de hacer y camina hacia la puerta con la actitud de alguien que ha concluido una misión a cabalidad, al tiempo que jocosamente le advierte a Cayetano:</p> <p>— Estoy seguro de que apenas me vaya vas a agarrar el teléfono y a llamar a tu madre. (pp. 29-30)</p> <p>Lastimosamente, no todos los cuentos que conforman <i>Él y el otro</i> son tan efectivos. ¿Por qué? En lo formal, Ángel abusa de la técnica del resumen. Abrevia muchos tiempos y sucesos en cada párrafo del libro, y en muy pocas ocasiones se detiene en las escenas. Así, los hechos y los personajes son casi siempre contados por una única voz, la del narrador, solo a punta de características y adjetivos, por encima y a mil:</p> <p>Desde la niñez hasta la universidad, el joven recibió la mejor educación posible en instituciones católicas y privadas, con estrictos códigos disciplinarios, disfrutando del cuidado, la atención, la responsabilidad de los profesores. La pareja demostraba quererlo como si fuera propio aunque el refinado ambiente social no era favorable para hacer amigos de verdad. La cena era el momento en que la familia disfrutaba la oportunidad de acercarse y departir, hablando sobre temas de</p>	<p>mucho interés, con énfasis en el análisis y las implicaciones del comportamiento etnográfico, económico y político del país y del mundo. (p. 66)</p> <p>El anterior párrafo quizás deja ver algo más concluyente: en muchos casos, Ángel carece de recursos estilísticos, y por eso su escritura termina resultando tan pobre. ¿Un libro insalvable? No, esos libros no existen. En <i>Él y el otro</i> a veces hay pinceladas que emocionan, basta con leer las páginas de “Feliz día de madres”. Pero reafirmémoslo: Félix Ángel es mucho más interesante como artista plástico que como escritor.</p> <p style="text-align: right;">Andrés Arias</p>	